

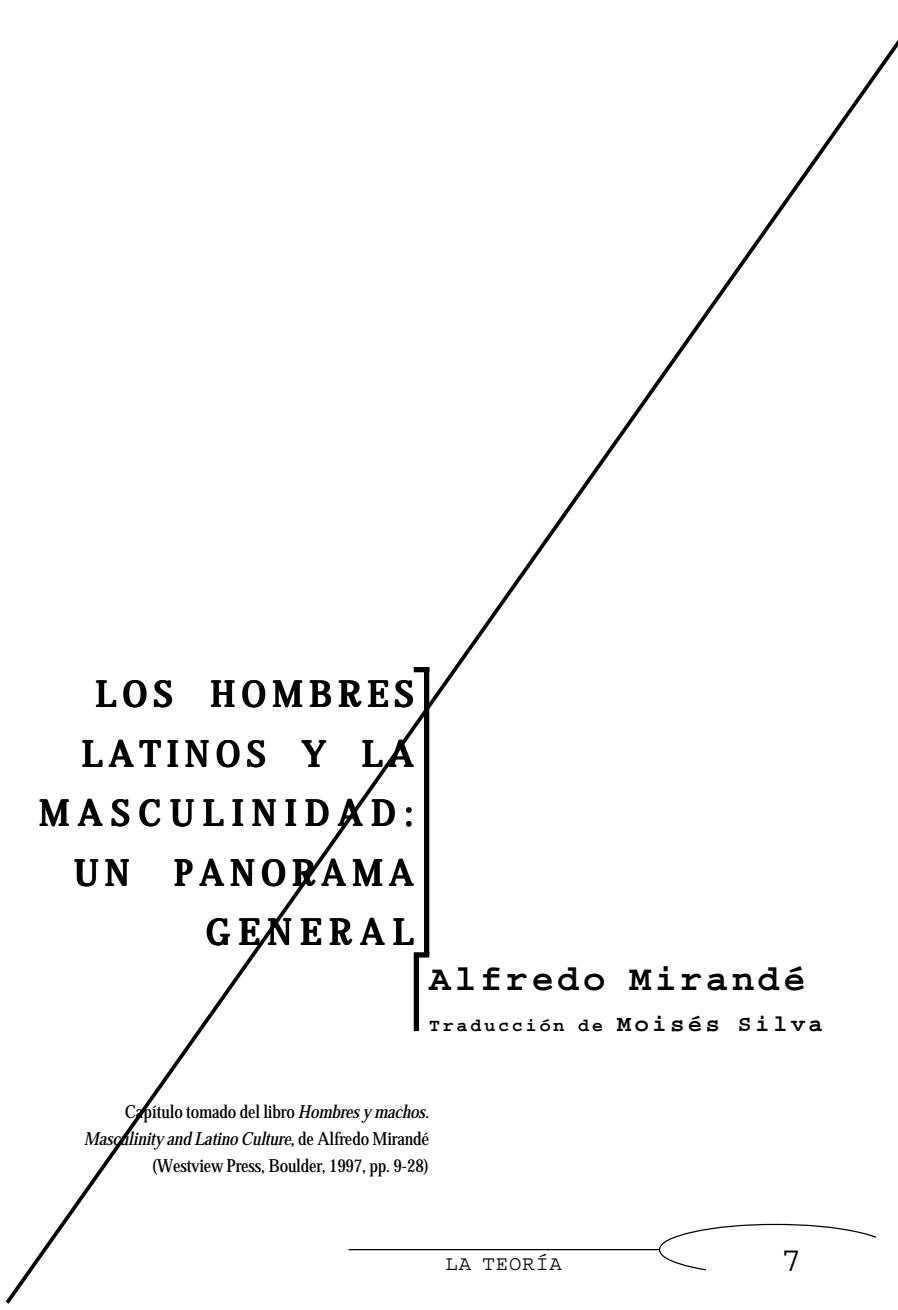


Revista de Estudios de Género. La ventana
ISSN: 1405-9436
revista_laventana@csh.udg.mx
Universidad de Guadalajara
México

Mirandé, Alfredo
Los hombres latinos y la masculinidad: un panorama general
Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 8, diciembre-, 1998, pp. 7-46
Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88411133003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



**LOS HOMBRES
LATINOS Y LA
MASCULINIDAD:
UN PANORAMA
GENERAL**

Alfredo Mirandé

Traducción de Moisés Silva

Capítulo tomado del libro *Hombres y machos.*
Masculinity and Latino Culture, de Alfredo Mirandé
(Westview Press, Boulder, 1997, pp. 9-28)

Possiblemente la cuestión fundamental que recorre los capítulos de este libro consiste en si los conceptos académicos y populares de la masculinidad y de la feminidad predominantes son adecuados para comprender la experiencia latino-mexicana. En gran parte de la literatura de las ciencias sociales, el mundo se divide típicamente en esferas masculinas y femeninas que corresponden a elementos subordinantes o subordinados en la sociedad. Desde este punto de vista, la esfera masculina es ambiciosa, assertiva, racional, analítica, individualista, competitiva, dominante y agresiva, en tanto que la femenina es cálida, afectuosa, emocional, comprensiva, cooperativa, compasiva, empática y leal. Aquí examino estos conceptos de género y sugiero que son explicaciones inadecuadas de la masculinidad latino-mexicana.

Este capítulo presenta la parábola, o relato simple con un mensaje, para ilustrar cómo la masculinidad y la feminidad han sido tradicionalmente definidas en las ciencias sociales y en el derecho. Después de discutir la parábola de “Amy y Jake”, dos estudiantes de sexto grado, de once años de edad, que muestran muy diferentes conceptos de la moralidad y habilidades de razonamiento analítico, la parábola de “el hombre económico y la mujer literaria” en derecho y economía, y la parábola de “el hombre razonable y el mexicano” en el derecho, mi conclusión es que más que ser universales, estos constructos reflejan un concepto muy limitado y culturalmente específico de la masculinidad.

La parábola de Amy y Jake] En 1982 Carol Gilligan publicó *In a Different Voice*. Esta obra tuvo una gran

influencia y proporcionó las bases teóricas para gran parte de la teoría del rol de género en la psicología, la sociología y el derecho. Gilligan partió de la premisa básica de que existen estudios que apoyan la idea de que hay diferencias esenciales en las maneras de ver el mundo y en las capacidades de razonamiento moral de hombres y mujeres. Los hombres, argumentaba, son más analíticos, concretos y tienen una preferencia por el razonamiento distanciado, objetivo y racional; en tanto que las mujeres son menos analíticas, más subjetivas, más conectadas con los otros y más contextuales en sus habilidades de razonamiento. Gilligan no estaba sugiriendo que un género era superior, sino solamente que existen diferencias esenciales entre los hombres y las mujeres en las capacidades de razonamiento analítico y juicio moral. Además, Gilligan argumentaba que nuestro sistema educativo y la sociedad en general le dan un mayor valor a las destrezas analíticas y de razonamiento que los hombres tienden más a exhibir. Más que ver estas características específicas de género como puntos de vista diferentes y complementarios de la moralidad, la psicología las ha transmitido tradicionalmente como niveles jerárquicos de desarrollo, en los que los hombres exhiben un nivel mayor de desarrollo moral.¹

Gilligan utilizó la parábola de Amy y Jake para ilustrar las diferencias de género con base en el desarrollo moral. Amy y Jake son estudiantes de sexto grado que provienen de ambientes de clase social y educativos muy similares. Ambos son inteligentes y desafían los estereotipos tradicionales de rol sexual, ya que Amy está

¹ Carol Gilligan. *In a Different Voice: Essays on Psychological Theory and Women's Development*, Harvard University Press, Cambridge, 1982, p. 33.

interesada en convertirse en científica, mientras que Jake prefiere el inglés a las matemáticas.² En el experimento se les pide a los sujetos resolver un problema moral hipotético, en el que un hombre (“Heinz”) debe decidir si roba una medicina que no puede pagar, para salvarle la vida a su esposa.

Desde el principio Jake concluye que Heinz debe robar la medicina. Utilizando el razonamiento lógico, Jake ve el dilema moral más como un problema matemático, y procede a derivar una solución lógica.³ Robar es para Jake un curso de acción racionalizado lógicamente, porque salvar una vida humana claramente vale más que el dinero y porque una vida humana es irreemplazable, en tanto que el dinero no lo es.⁴ Jake toma en cuenta la ley, pero ve la ley como “hecha por el hombre y por lo tanto sujeta a error y cambio”⁵.

Más aún, Jake asume que existe un consenso social acerca de estos valores morales que nos permite reconocer “entre lo bueno y lo malo”.⁶ A causa de este consenso, el juez probablemente vería los actos de Heinz como moralmente justificados.

Según Gilligan, “la capacidad de Jake de poner en juego la lógica deductiva para resolver dilemas morales, para diferenciar la moralidad de la ley y para ver cómo se puede considerar que las leyes tienen errores, apunta hacia un concepto de principio de justicia” que los psicólogos igualan con la madurez social.⁷

Pero la misma “teoría del desarrollo” tradicional que exonera a Jake, ve a Amy exhibiendo un nivel de desarrollo “limitado” o detenido, porque ella demuestra una falta de uso de la lógica y de

² *Ibid.*, p. 25.

³ *Ibid.*, p. 26.

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*

⁸ *Ibid.*, pp. 26-27.

“pensar por sí misma”⁸ Amy piensa cuidadosamente el problema y

parece no estar decidida o segura de si Heinz debería robar la medicina. Se detiene a considerar otras posibilidades. En vez de robar, Heinz podría pedir prestado el dinero o tal vez incluso hablarle al farmacéutico del problema. Para Amy esto es finalmente un problema humano, no un problema de lógica o de matemáticas, y al tratar de resolver el dilema moral se concentra en las relaciones y en el contexto social.

Así como Jake confía en que el juez estaría de acuerdo en que robar es lo correcto para Heinz, también Amy confía en que “ si Heinz y el farmacéutico lo hablaran lo suficiente, podrían llegar a algo que no fuera el robo” . Así como él considera que la ley “ tiene errores” , ella ve este drama como un error, creyendo que “ el mundo debería solamente compartir más las cosas, entonces la gente no tendría que robar” .⁹

Tanto Jake como Amy están conscientes de la necesidad de un consenso, pero cada uno de los dos lo ve mediado de diferente manera. Para Jake la ley es mediada impersonal y formalmente mediante sistemas de lógica y derecho; para Amy la ley es mediada por la comunicación humana y las relaciones personales.¹⁰ Colocando la parábola de Amy y Jake en un contexto histórico y social más amplio, Gilligan concluyó que por siglos las voces de las mujeres han sido enmudecidas por las voces de los hombres, las cuales han sido presentadas como una voz universal. El enmudecimiento de las voces de las mujeres ha ocurrido no sólo dentro de la psicología del desarrollo, sino dentro de la sociedad en su conjunto.

⁹ *Ibid.*, p. 29.

¹⁰ *Idem*.

Así como durante siglos hemos escuchado las voces de los hombres y las teorías del desarrollo que su experiencia expresa, también hemos llegado más recientemente a notar no sólo el silencio de las mujeres sino la dificultad de oír lo que dicen cuando hablan. Sin embargo, en la voz diferente de las mujeres yace la verdad de una ética del cuidado, el lazo entre relación y responsabilidad, y los orígenes de la agresión en la falta de comunicación. La incapacidad de ver la realidad diferente de la vida de las mujeres y de oír las diferencias en sus voces surge, en parte, de asumir que existe una sola modalidad de experiencia e interpretación social.¹¹

¹¹ *Ibid.*, pp. 173-174

En el derecho, la aplicación de la teoría de la voz diferente llevaría a un mayor énfasis en el contexto y en las relaciones, y a un menor énfasis en la independencia y la autonomía individual. Las mujeres proporcionarían una moralidad alternativa que haría énfasis en normas amplias por sobre reglas estrechas, relaciones de largo plazo por sobre contratos a corto plazo, y la mediación por sobre la resolución de las disputas.

La parábola del hombre económico y la mujer literaria

Una de las extensiones más directas de *In a Different Voice* es la discusión de Robin West del “hombre económico” y la “mujer literaria”. West propone a la “mujer literaria” como contraparte del prototipo del “hombre económico” que encontramos

en el movimiento de derecho y economía. El hombre económico se caracteriza por dos atributos básicos que lo diferencian de la mujer literaria. En primer lugar, como se le describe en la economía legal moderna, el hombre económico es “ un infalible ‘ maximizador racional’ de su propia utilidad” .¹² Un supuesto básico de derecho y economía, por ejemplo, es que “ las personas son maximizadoras racionales de sus satisfacciones” .¹³ En segundo lugar, el hombre económico se caracteriza por lo que West llama “ impotencia empática” .¹⁴ Aunque el hombre económico es perfectamente racional en cuanto a sus propias necesidades y bienestar subjetivo, carece de conocimiento empático del bienestar de los demás. En otras palabras, es incapaz de hacer lo que los economistas llaman “ comparaciones intersubjetivas de utilidad” .¹⁵ El hombre económico es entonces “ tanto particularmente capaz como particularmente discapacitado: evidentemente sabe todo lo que hay que saber acerca de su propia vida subjetiva, y nada en absoluto acerca de las vidas subjetivas de los demás” .¹⁶

West presenta a la mujer literaria como un correctivo para el hombre económico. Aunque la mujer literaria es capaz de acciones racionales, carece del “ racionalismo hercúleo” del hombre económico. A diferencia del hombre económico, es capaz de sentir empáticamente los dolores y los placeres de los demás y de realizar lo que los economistas llaman “ comparaciones interpersonales de utilidad” . West rechaza la idea de que el hombre económico es motivacionalmente

¹² Robin West. “ Economic Man and Literary Woman: One Contrast” , *Mercer Law Review*, núm. 39, 1989, p. 868.

¹³ *Idem.*, nota 3. Existen amplias evidencias para sugerir que “ no somos invariablemente maximizadores racionales de nuestra propia utilidad, sea en un sentido cognitivo o motivacional” . Tampoco sabemos siempre qué es lo mejor para nosotros, ni siempre lo buscamos (p. 870).

¹⁴ *Ibid.*, p. 869.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

unidimensional, y sugiere que las personas son “ de motivación dual” y capaces de guiarse por motivos egoístas y/o altruistas.

Más que ser de motivación dual, la mujer literaria es, de hecho, multidimensional y multimotivacional, según West. Partiendo del movimiento de derecho y literatura, ella propone que, aun cuando algunas veces las comparaciones intersubjetivas y la comprensión empática son difíciles de conseguir, la literatura nos puede ayudar a lograr la promesa moral de trascender nuestra condición subjetiva propia. Es difícil comprender o empatizar con alguien cuyas experiencias vitales son diferentes de las nuestras; por ejemplo, es difícil para el heterosexual comprender lo que es ser homosexual o para una persona blanca comprender las experiencias de una persona negra.¹⁷ Aun cuando puede ser difícil trascender nuestra experiencia propia y empatizar con la experiencia de los demás, “ la literatura narrativa, cuando es buena, es el puente que facilita la comprensión empática... La metáfora y la narrativa son los medios por los que llegamos a comprender lo que inicialmente nos fue ajeno” .¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, p. 873. ¹⁸ *Ibid.*, p. 874. La narrativa nos permite entonces superar las limitaciones del hombre económico, trascender nuestra propia realidad y hacer “ comparaciones intersubjetivas de utilidad” y de dolor.

La parábola del hombre razonable y el mexicano

La idea del “ hombre razonable” en el derecho es paralela al constructo del hombre económico en derecho y economía. Como éste es un libro acerca de masculinidad y no de derecho, no me detendré demasiado en el hombre razonable. Sin embargo, ya que es tal

vez el constructo más importante en el derecho y la jurisprudencia, trataré de mostrar cómo esta teoría o concepto da cuenta de nuestra discusión de la masculinidad. El “ hombre razonable” es una norma usada para evaluar toda conducta, y va desde si actos específicos se juzgan como negligentes en una acción civil, hasta si la policía actuó razonablemente al usar la fuerza para someter a un sospechoso o al iniciar una investigación de la propiedad o la persona de alguien. Lo que resulta interesante es que la “ razonabilidad” no es una norma empírica. No se refiere a cómo el hombre promedio actúa, o siquiera a cómo la mayoría de nosotros nos habríamos comportado en una situación particular. Más bien es un constructo moral que evalúa cómo una persona “ debería haber actuado” . Al hombre razonable no lo impulsa la pasión o la emoción, sino la lógica y la razón. No es impulsivo o irracional, sino analítico, tranquilo, distante, calculador y siempre, siempre razonable. En el contexto de la masculinidad, lo que es significativo acerca del Jake de Gilligan, el hombre económico de West, y el constructo del hombre razonable en el derecho, es que cada uno de ellos es utilizado para transformar un concepto muy limitado y culturalmente específico de la masculinidad en una norma universal o en un orden más alto de desarrollo moral.

Cuando ingresé en la Facultad de Derecho de Stanford hace algunos años, me preocupó inmediatamente la elusiva idea del “ hombre razonable” . Aunque no estaba seguro de comprender el concepto completamente, dos cosas me parecieron problemáticas acerca del hombre razonable. Primero, no tardé mucho en darme cuenta de

que, fuese lo que fuese el hombre razonable, definitivamente no era un mexicano. Ninguno en mi familia o comunidad actuaba razonablemente, al parecer. Mi padre, en particular, me parecía el paradigma de la irrazonabilidad y la arbitrariedad. Ciertamente ninguna persona razonable habría sentido el deber de saltar la barda para enfrentar a mi tío alcoholizado. De hecho, en el derecho anglo-americano no existe el deber de ayudar a alguien en peligro o en apuros, pero ya que se ha intentado o dado la ayuda, se crea una obligación legal. Segundo, al reflexionar acerca del hombre razonable y de Jake y Amy, y al observar a los estudiantes de leyes en una elegante escuela de derecho, me pareció que muchas de las mujeres de raza blanca actuaban mucho más como Jake que como Amy. ¿Podemos asumir que la parábola de Jake y Amy es aplicable a los latinos? ¿Son María y Juan iguales a Amy y Jake? Intuitivamente, la distinción de Jake y Amy parecía ser una distinción *anglo*, basada más en la raza y en la clase que en el género. Si se definía a la masculinidad como fría, analítica, racional y desapasionada, y a la feminidad como cálida, impulsiva, emocional y apasionada, los hombres latinos, al parecer, eran esencialmente más femeninos que masculinos.

El recuerdo de mi padre es que era mucho más cálido, emocional y afectuoso que mi madre. No trato de sugerir que mi madre no era cariñosa, pero mi padre era más abiertamente emocional y demostrativo en su afecto. Siempre nos abrazaba y nos besaba. Cuando yo era niño, Pa y yo jugábamos un juego. El rodaba en el suelo o en la cama conmigo y me decía en español: “ Dame una manzana” ; luego:

“ Dame una pera” , y luego: “ Dame un plátano” . Mientras yo daba vueltas y gritaba de risa, tratando de escapar, él insistía y mordía una de mis mejillas (manzana/pera) o mi nariz (plátano). Me mordía bastante fuerte y las mejillas se me ponían rojas, pero era una de sus maneras de demostrar afecto.

El inventario Bem de roles sexuales Utilizando un marco conceptual que es consistente con el punto de vista dicotómico de los roles sexuales que encon-

tramos en la parábola de Amy y Jake, la psicóloga Sandra Bem¹⁹ desarrolló el Inventario Bem de Roles Sexuales (BSRI, por sus siglas en inglés), una escala diseñada para medir rasgos masculinos y femeninos. Cada ítem en el BSRI se califica en una escala de siete puntos, de 1 (“ nunca o casi nunca cierto”) a 7 (“ siempre o casi siempre cierto”). Hay sesenta ítems en la escala: veinte masculinos, veinte femeninos, y veinte supuestamente neutrales o no-génericos. Bem computó una medida de “ androgynia” basada en la diferencia entre la calificación masculina y femenina de una persona. A menor diferencia entre los componentes masculino y femenino, independientemente de la calificación, más androgynia se supone que es la persona. Una persona altamente androgynia sería alguien que califica más o menos igual en los componentes masculinos y femeninos, mientras que una persona no androgynia calificaría alto en unos y bajo en los otros. Los ítems masculinos y femeninos se enlistan en la tabla 1.1.²⁰

¹⁹ Sandra Bem. “ The Measurement of Psychological Androgyny” , *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, núm. 42, abril, 1974, pp. 155-162.

²⁰ *Ibid.*, p. 156.

Tabla 1.1 • Masculinidad y feminidad BSRI

Masculinidad	Feminidad
1. Ambicioso	1. Cálido
2. Agresivo	2. Tierno
3. Tiene capacidad de liderazgo	3. Afectuoso
4. Dominante	4. Compasivo
5. Individualista	5. Empático
6. Competitivo	6. Leal
7. Actúa como líder	7. Comprensivo
8. Dispuesto a tomar una posición	8. Deseoso de curar sentimientos heridos
9. Fuerte personalidad	9. Alegre
10. Toma decisiones fácilmente	10. No usa lenguaje fuerte
11. Asertivo	11. Femenino
12. Dispuesto a tomar riesgos	12. Sensible a las necesidades de los demás
13. Independiente	13. Ama a los niños
14. Autosuficiente	14. Halagable
15. Defiende sus propias creencias	15. Infantil
16. Con confianza en sí mismo	16. Engañable
17. Atlético	17. Gentil
18. Analítico	18. Tímido
19. Masculino	19. De habla suave
20. Confuerza	20. Dispuesto a ceder

Aunque el BSRI es ampliamente utilizado, inicialmente consideré no utilizarlo porque el instrumento no ha probado ser aplicable.

ble a los latinos y porque parecía carecer de validez. Yo sentía que la masculinidad se definía de manera diferente y más contextualmente en la cultura latina. Con esto quiero decir que pienso que la masculinidad es una respuesta más fluida, detallada e idealizada, a varias situaciones sociales; en tanto que Bem ve la masculinidad y la feminidad como rasgos personales de carácter, atributos que se fijan a través del tiempo y del contexto social. Al final, sin embargo, en vez de rechazar la escala Bem *a priori*, opté por incluir el BSRI para ver cómo los hombres latinos responderían, para examinar diferencias internas en una medición establecida de masculinidad y feminidad, y para comparar este instrumento con uno que yo desarrollé y que pensé que sería una medición más culturalmente sensible.

En este estudio introduzco una medición de la masculinidad, el Inventario Mirandé de Roles Sexuales (MSRI, por sus siglas en inglés), y pienso que no sólo es más consistente con mi propia experiencia, sino también con los detalles y la complejidad de las culturas latino-mexicanas. El MSRI se deriva de cincuenta ítems que se trajeron de creencias y valores culturales tradicionales mexicanos y latinos acerca de lo apropiado e inapropiado de varias conductas.²¹ Lo significativo es que, en vez de hacer que quienes responden se den una calificación en varios rasgos psicológicos —tales como ser “asertivo”, “fuerte”, “agresivo”, “afectuoso”, “amoroso” o “cálido”— el MSRI pide a los que responden que evalúen

²¹ Las cincuenta preguntas incluidas en el estudio fueron resumidas de una lista inicial de más de cien ítems. Setenta y nueve de estos ítems fueron incluidos en un *test* preliminar administrado a noventa y nueve hombres y mujeres estudiantes de preparatoria en el sur de California. Los ítems fueron también probados con anterioridad en varios hombres y mujeres adultos.

lo apropiado de ciertas conductas para hombres y mujeres en varias situaciones y contextos sociales. Por ejemplo, un ítem pregunta si se está de acuerdo o en desacuerdo con la noción de que “ lo peor que una mujer puede hacer es apenar o contradecir a un hombre enfrente de sus amigos” . Algunos estuvieron de acuerdo, pero algunos no, y notaron que esto no era “ lo peor” que una mujer podía hacerle a un hombre.

El MSRI incluye tanto ítems “ tradicionales” como “ no tradicionales” y permite cuatro respuestas posibles: “ muy de acuerdo” , “ de acuerdo” , “ en desacuerdo” y “ muy en desacuerdo” . Los ítems tradicionales incluyen aseveraciones como: “ Siempre se debe defender el honor de la familia, incluso si esto significa la muerte” , o “ Un hombre no debe nunca esquivar una pelea” ; en tanto que los ejemplos de aseveraciones no tradicionales o antirtradicionales incluyen: “ Una verdadera mujer no necesita depender de un hombre” y “ Es natural para una mujer ‘ divertirse por ahí’ después del matrimonio” .

A los científicos sociales les preocupa que quienes responden podrían empezar a contestar automáticamente o dar una respuesta “ programada” . Una forma de evitar tal desviación o “ programa de respuesta” es variar las preguntas. Esto asegurará que la persona no caiga en un ritmo particular y empiece a dar respuestas automáticas, no reflexionadas, básicamente poniendo “ de acuerdo” o “ en desacuerdo” , sin que tenga que ver con el contenido de la pregunta. En la escala Bem, por ejemplo, los ítems masculinos y femeninos estaban intercalados. Las aseveraciones tradicionales y no tradi-

cionales en el MSRI estaban también mezcladas y el orden de las palabras de algunos ítems estaba cambiado. Por ejemplo, respecto a si es apropiado que los hombres demuestren sus emociones, un ítem dice: “ Los hombres nunca deben llorar o mostrar sus sentimientos” , y otro: “ Un padre no debe besar o ser demasiado emocional con sus hijos varones” ; pero otro dice: “ Es bueno que un hombre llore o demuestre sus emociones” . Para contestar una pregunta consistentemente, pensándola debidamente, el entrevistado se vería forzado a invertir la respuesta, estando de acuerdo con una pregunta y en desacuerdo con la otra.

Estudios acerca del machismo y la masculinidad latino-mexicana

Antes de que emergiesen los estudios revisionistas de los años setenta, las mujeres y los hombres latino/chicanos eran descritos en la literatura de la ciencia social como herederos de una cultura claramente impulsada por el machismo y por una obsesiva preocupación por la masculinidad y las relaciones jerárquicas de género. Tanto la experiencia histórica como la información transcultural sugieren que el machismo y el así llamado culto de la masculinidad podrían no ser exclusivos de los hombres latinos o mexicanos.

Algunos escritores sugieren que el machismo y las demostraciones excesivas de masculinidad y sexualidad masculina se encuentran en todas las culturas mediterráneas.²² David Gilmore²³ anota que en un

²² Stanley Brandes. *Metaphors of Masculinity: Sex and Status in Andalusian Folklore*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1980, p. 10.

²³ David Gilmore. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*, Yale University Press, New Haven, 1990, p. 1.

gran número de sociedades en todo el mundo existe una ideología de la masculinidad y de la preocupación por el estado de ser un “ hombre real” o un “ verdadero hombre” .

²⁴ Scott Coltrane. “ The Micropolitics of Gender in Nonindustrial Societies” , *Gender & Society*, núm. 6, 1992, p. 88.

El sociólogo Scott Coltrane²⁴ advierte en contra de la tendencia a universalizar las demostraciones masculinas argumentando

que, aunque las sociedades que buscan la afirmación de la masculinidad de los hombres son más comunes, no son universales. Hay sociedades a las que relativamente no les preocupa la demarcación del género, y existen en todas las regiones importantes del mundo. Utilizando datos etnográficos codificados de noventa y tres sociedades no industrializadas, Coltrane encontró que las demostraciones externas de dominación masculina estaban relacionadas significativamente con los patrones de crianza de los hijos y de control de la propiedad. Las sociedades en las que las mujeres controlan el uso y la distribución de la propiedad y los hombres participan en la crianza de los hijos tienen más probabilidades de exhibir una igualdad conductual y normativa entre esposos y esposas, y es mucho menos probable que requieran que las mujeres muestren una deferencia ritualizada hacia los hombres.²⁵

²⁵ *Ibid.*, 163.

Hay también evidencia de que la “ migración familiar por etapas” , en la que un miembro de la familia, generalmente el hombre, emigra para marcar el camino para el resto de la familia, puede funcionar para reducir la autoridad patriarcal. Los hombres que emigran sin sus familias, después de todo, se ven usualmente forzados a vivir con otros hombres en comunidades modificadas en las

que deben asumir muchas tareas y actividades tradicionalmente femeninas, tales como cocinar y hacer la limpieza. En un estudio de caso de cuarenta y cuatro hombres y mujeres adultos en una comunidad del área de la Bahía de San Francisco, Pierrette

Hondagneu-Sotello²⁶ encontró que una larga separación de los cónyuges alteró la autoridad patriarcal y la división tradicional del trabajo. Los hombres que emigraron antes de 1965 con más frecuencia vivían en comunidades predominantemente masculinas, y habían vivido en los Estados Unidos por un largo tiempo sin sus esposas. En las familias que habían experimentado una larga separación, “una no ortodoxa, más igualitaria división genérica del trabajo emergió cuando las familias se reunieron”.²⁷

²⁶ Pierrette Hondagneu-Sotelo. “Overcoming Patriarchal Constraints: The Reconstruction of Gender Relations Among Mexican Immigrant Women and Men”, *Gender & Society*, núm. 6, 1992, p. 393.

²⁷ *Ibid.*, p. 407.

Pero tal vez la conclusión más significativa que puede extraerse de los estudios y escritos recientes es que los hombres latinos no constituyen una masa homogénea, monolítica e invariable, como se había descrito en el modelo tradicional. Esto sugiere que no hay un modo masculino, sino una variedad de modalidades y masculinidades que no sólo son diferentes, sino con frecuencia contradictorias.

En un reciente estudio etnográfico, Matthew Gutmann²⁸ encontró una enorme diversidad de identidades masculinas entre los residentes de Santo Domingo, una colonia en las afueras de la ciudad de México. Gutmann notó que los términos genéricos como “hombre mexicano” u “hombre latino” enmascaraban importantes

²⁸ Matthew Gutmann. “The Meanings of Macho: Changing Mexican Male Identities”, *Masculinities: Interdisciplinary Studies on Gender* 2, num. 1, primavera de 1994, p.21.

diferencias regionales, de clase y étnicas que existen en México, Latinoamérica y España. Gutmann utilizó la conducta de niños varones en la guardería local de Santo Domingo para ilustrar los recientes y dramáticos cambios en las expectativas de roles de género. Ahora la mayoría de los niños de cinco años participan alegremente en un juego llamado “el baño de la muñeca”, en tanto que diez años antes la mayoría de los niños en Santo Domingo habrían protestado: “¡Sólo las viejas (las mujeres) hacen eso!”.²⁹

La explicación más común que ofrecen los residentes de la colonia Santo Domingo de que los hombres asumiesen una mayor responsabilidad en varios deberes domésticos era “por necesidad”.³⁰

Después de la crisis económica de 1982, fue necesario que un gran número de mujeres entraran en la fuerza de trabajo, lo que forzó a los hombres a asumir algunas de las tareas que eran tradicionalmente realizadas sólo por mujeres. Generalmente, fueron las mujeres las que primero cambiaron; luego ellas presionaron a sus esposos a cambiar y a asumir más responsabilidad por las tareas domésticas.³¹

En los Estados Unidos, los estudios de las tomas de decisiones y de la división de las tareas domésticas entre esposos y esposas también han empezado a desafiar los conceptos tradicionales y estereotipados

de la familia chicana.³² Aunque la ideología del patriarcado persiste, y las mujeres continúan asumiendo la responsabilidad primaria de la mayoría de las tareas domésticas, la toma de decisiones es generalmente

²⁹ Ver Glenn R. Hawkes y Minna Taylor. “Power Structure in Mexican and Mexican-American Farm Labor Families”, *Journal of Marriage and the Family*, núm. 37, noviembre, 1975, pp. 807-811; Vicky L. Cromwell y Ronald E. Cromwell. “Perceived Dominance in Decision-Making and Conflict Resolution Among Anglo, Black and

igualitaria, y los hombres están empezando a asumir algunas tareas domésticas generalmente femeninas, como planchar, cocinar, lavar platos y limpiar la casa.

Scott Coltrane y Elsa Valdés³³ concluyen que los estudios recientes acerca de familias chicanas apoyan la idea de que las relaciones de género son más igualitarias de lo que se suponía en el modelo tradicional. Su estudio de parejas de ingresos duales encontró un considerable reparto en varias áreas.

Aunque las parejas describieron sus relaciones como más o menos igualitarias, el poder de obtener ingresos de cada cónyuge se relacionaba significativamente con la asignación de tareas domésticas. En aquellas familias en las que la esposa ganaba menos de un tercio del ingreso familiar, el esposo asumía pocas de las tareas domésticas o de crianza de los hijos,³⁴ pero entre las parejas “que compartían una cantidad significativa de trabajo doméstico y cuidado de los niños, los que tenían ingresos balanceados eran mayoría”.³⁵

Insiders y outsiders: cuestiones a considerar en el estudio de los hombres lati-

Chicano Couples”, *Journal of Marriage and the Family*, núm. 40, noviembre, 1978, pp. 749-759; Leonarda Ybarra. “When Wives Work: The Impact on the Chicano Family”, *Journal of Marriage and the Family*, núm. 44, febrero, 1982, pp. 169-178; Patricia Zavella. *Women’s Work and Chicano Families: Cannery Workers of the Santa Clara Valley*, Cornell University Press, Ithaca, 1987; Maxxine Baca Zinn. “Chicano Family Research: Conceptual Distortions and Alternative Directions”, *The Journal of Ethnic Studies*, núm. 7, otoño, 1979, pp. 59-71.

³³ Scott Coltrane y Elsa O. Valdés. “Reluctant Compliance: Work-Family Role Allocation in Dual-Earner Chicano Families”, en Jane C. Hood (ed.). *Men, Work, and Family*, Sage, Thousand Oaks, 1993, p. 153.

³⁴ *Ibid.*, pp. 169-170.

³⁵ *Ibid.*, p. 170.

Aunque mi *fellowship* postdoctoral incluía una modesta remuneración y un presupuesto limitado para gastos de investigación hechos durante el estudio, no había fondos para entrevistadores. Yo realicé personalmente alrededor de dos

tercios de las entrevistas. Las otras entrevistas las completaron dos entrevistadores que trabajaron conmigo. Uno de ellos fue mi sobrino adulto, Armando Mirandé (el hijo de Alex); el otro fue mi buen amigo y “compadre” (padrino de mi hijo), Enrique López.

En retrospectiva, pienso que estas restricciones presupuestales tuvieron efectos tanto positivos como negativos. Como las entrevistas eran largas y consumían bastante tiempo, la muestra no es tan grande como hubiera deseado. El lado positivo de esta limitación fue que requirió que me involucrase intensamente en todos los aspectos del proceso de investigación. Participé en todas las fases del estudio, desde el diseño del cuestionario de entrevista hasta el análisis de los datos. Esto podría sonar como una justificación por tener fondos limitados, pero creo firmemente que, aunque mi presupuesto restringido pudo haber sido la causa de una operación de investigación menos eficiente, me dio la oportunidad de obtener experiencias invaluables, una oportunidad que no hubiera tenido como investigador principal dirigiendo un equipo más grande y más burocrático, en el que muchas de estas actividades habrían sido delegadas a asistentes de investigación o personal de oficina. Sentí, en otras palabras, que aprendí mucho y obtuve experiencias increíbles de mi participación personal en el estudio.

Se le dedicaron varios meses a la preparación del cuestionario de entrevista. La primera fase requería una revisión extensiva de la literatura relevante acerca de los hombres latinos y, específicamente, acerca de la participación de los padres en la familia. Se evaluaron también la literatura pertinente acerca de los hombres y varias

mediciones de la masculinidad, y se consultó a colegas durante cada fase de la preparación. El resultado final fue un largo cuestionario de entrevista de veinte páginas que incluía muchas preguntas acerca de la masculinidad, la toma de decisiones en la familia, la participación y el involucramiento en el cuidado y la crianza de los hijos, así como las aspiraciones y expectativas de ambos padres.

Tradicionalmente, la mayoría de las generalizaciones que tienen que ver con la cultura latina y con los hombres latinos se derivaban de estudios comúnmente realizados por personas de raza blanca que carecían de un conocimiento y una comprensión genuinos de los patrones culturales que ellos observaban. En este estudio el principal investigador y el personal eran bilingües y, pienso, sensibles a y conocedores de los patrones culturales y lingüísticos de los latinos. Se prepararon versiones en español y en inglés del cuestionario de entrevista, y quienes respondieron tuvieron la opción de ser entrevistados en cualquiera de los dos idiomas. Aunque un número importante de quienes respondieron tenían una capacidad limitada para hablar en inglés y algunos para hacerlo en español, la mayoría eran bilingües, y el español y el inglés con frecuencia se mezclaron. Aproximadamente un tercio de las entrevistas se realizaron en español y dos tercios en inglés. Algunas personas que claramente hablaban español optaron, sin embargo, por hacer la entrevista en inglés porque sentían que su español formal no era un “buen” o “correcto” español. Hablaban “español chico” o *caló*; en otras palabras, con mucho intercambio de códigos y entremezclado entre los dos idiomas. De las 105 entrevistas completadas, un tercio se llevó a cabo

en cada uno de los siguientes tres lugares: en el norte de California (San José, Redwood City, East Menlo Park y San Francisco), en el sur de California (Riverside, Upland y Ontario), y en San Antonio, Texas. Todas las personas entrevistadas fueron *latinoamericanos*, y la vasta mayoría de origen mexicano.

Aunque las entrevistas realizadas por *insiders* (en este caso, personas consideradas como “dentro” de la misma cultura o grupo étnico o social. N. del T.) ayudan a crear un escenario de entrevista más culturalmente sensible, esto no le otorga a uno acceso automático o legitimación en la comunidad latina. Maxine Baca Zinn³⁶

³⁶ Maxine Baca Zinn. “Field Research in Minority Communities: Ethical, Methodological and Political Observations by an Insider”, *Social Problems*, núm. 27, diciembre, 1979, pp. 209-219.

observó que los investigadores que pertenecen a una minoría sí tienen una cantidad de ventajas al llevar a cabo estudios en comunidades de minorías, pero que también encuentran una cantidad de obstáculos. El problema más inmediato que enfrentamos fue ganar una legitimación por parte de los potenciales entrevistados.

¿Cómo acercarse o lograr la confianza de extraños en un escenario de investigación? Ya que no vivíamos en las comunidades en las que se llevaron a cabo las entrevistas, en la mayoría de los casos se nos consideró *insider-outsiders* (*outsiders*, provenientes de fuera

³⁷ Robert K. Merton. “Insiders and Outsiders: A Chapter in the Sociology of Knowledge”, *American Journal of Sociology*, núm. 78, julio, 1972, pp. 9-48.

del grupo. N. del T.), más que *insider-insiders*.³⁷ A esto se añadió la complicación de que muchas de las preguntas en el protocolo de entrevista trataban asuntos privados o personales que los hombres latinos pueden no discutir fácilmente con extraños. Nos-

tros esperábamos que el tópico del “machismo” resultaría sensible y controversial, y nos sorprendió descubrir que no lo era.

Hace varios años realicé un estudio en el barrio Casa Blanca de Riverside, California. Seleccionamos una muestra al azar de hogares en la comunidad, utilizando la información censal disponible. Ya que nuestros fondos eran limitados y que sabíamos que las mujeres tienden a ser sobrerepresentadas como entrevistadas en los estudios de ciencias sociales, decidimos al principio entrevistar hombres y mujeres en hogares alternados. Cuando un hombre respondía a la puerta y la casa era una de las programadas para entrevistar a la esposa, recuerdo lo difícil que fue explicarle al hombre que nos interesaba hablar con su esposa, no con él. En México, si un hombre se acerca a una pareja en público y no conoce bien a cualquiera de los dos, se consideraría grosero e inapropiado que se acercase directamente a la mujer sin dirigirse primero al hombre o, al menos, tomar en cuenta su presencia. Como nuestro plan inicial iba a contracorriente de las expectativas culturales, lo abandonamos rápidamente y decidimos utilizar equipos de entrevistadores hombre y mujer que entrevistarían a ambos miembros de la pareja.

Dos factores adicionales le pusieron límites al estudio. Primero, como ya vimos, teníamos severas limitaciones presupuestales. No teníamos los recursos adecuados para emplear entrevistadores o para trabajar con una muestra muy grande. En segundo lugar, la naturaleza de nuestra población a estudiar —padres latinos casados viviendo en un hogar intacto— hacía imposible identificar el universo total del que se podría obtener una muestra. Debido a estas limita-

ciones, decidí utilizar una muestra “bola de nieve”, que sería a la vez diversa y seleccionada con un propósito.³⁸ La muestra incluiría

³⁸ En una muestra de bola de nieve, más que tratar de obtener una muestra al azar o representativa, después de la entrevista se pide a los entrevistados que sugirieran nombres de posibles entrevistados futuros. De este modo la muestra crece como una bola de nieve al irse añadiendo nuevos nombres a la base de estudio.

entrevistados tanto de clase obrera como de clase media, personas nacidas en el país y en el extranjero, y residentes de tres regiones geográficas diferentes: el norte de California, el sur de California y San Antonio. Así, aunque la muestra no es representativa, resulta diversa e incluye un amplio corte transversal de la población latina.

Una ventaja de la muestra bola de nieve es que nos permitió utilizar personas de recurso claves para identificar y hacer contacto con potenciales entrevistados. Las personas de recurso fueron primero localizadas e informadas de la naturaleza del estudio. Me presenté ante ellos como un profesor realizando un estudio de los padres latinos y del papel del padre en la familia y les indiqué que estaba interesado en identificar participantes en el estudio. El criterio básico para ser incluido en la muestra era que la persona fuera un parente latino con por lo menos un hijo entre las edades de cuatro y dieciocho años, que viviera en casa y que estuviera dispuesto a ser entrevistado.

A veces la persona de recurso hacía contacto con entrevistados potenciales y estimulaba algún interés inicial en el proyecto antes de la entrevista, pero más frecuentemente yo me comuniqué con el potencial entrevistado directamente por teléfono. Se le explicaban los objetivos del estudio y se le pedía que participara en el proyecto. Al concluir la entrevista, los entrevistados a su vez se convertían en personas de recurso, y se les preguntaba si podrían identificar

a otros padres de familia que pudieran estar dispuestos a participar. El estudio ganaba una legitimación adicional cuando se les informaba a los posibles entrevistados que la persona que los recomendó para el estudio ya había sido entrevistada.

La persona de recurso era alguien que me conocía o me tenía confianza, o alguien que conocía a alguien que yo conocía o a quien yo le tenía confianza. Las personas de recurso, por lo tanto, tenían una importante función: ser un puente, en cierto sentido, entre nosotros y los potenciales entrevistados. Eran *insider-insiders* que actuaban como contactos entre los entrevistados y el entrevistador. El entrevistado, a su vez, se convertía en una persona de recurso y se le pedía que recomendara amigos, parientes, “compadres”, vecinos, compañeros de trabajo o conocidos.

Obtener la *confianza* o legitimación es crítico cuando se hace investigación en una comunidad latina. Cuando le decía a un participante potencial que yo era amigo personal del señor Mendoza, por ejemplo, y que el *señor* me había dado su nombre y lo había recomendado para el estudio, era más probable que respondiese favorablemente. La respuesta al estudio, de hecho, fue abrumadoramente positiva. Una respuesta común a mi solicitud de fijar un tiempo y un lugar para la entrevista fue: “Sí, cómo no, sería un honor para nosotros”, o “¡Seguro que sí!” Esto fue especialmente cierto en los entrevistados que preferían hablar español y que estaban relativamente no asimilados a la sociedad norteamericana.

La respuesta positiva al estudio fue muy gratificante. Nuestra experiencia difirió marcadamente de la de investigadores anterio-

res, que han dejado el campo sintiendo que la relación de investigación era inherentemente asimétrica o desigual. En la ciencia social con frecuencia se asume que el entrevistado le está haciendo al investigador un “favor” al cooperar con el estudio. Maxine Baca Zinn,³⁹ por ejemplo, ha notado que la cuestión de la reciprocidad en la ciencia social no ha sido adecuadamente abordada y que los investigadores, incluso cuando son *insiders*, invariablemente reciben más de lo que les dan a los entrevistados. Añade que “los gestos de reciprocidad por sí mismos no alteran la naturaleza de las relaciones de investigación. Ni tampoco es suficiente hacer que los que lleven a cabo la investigación sean *insiders* para alterar la desigualdad que ha caracterizado a la investigación en el pasado”⁴⁰.

En este estudio, por lo menos, no encontré que las relaciones de investigación fueran inherentemente desiguales. Nuestras relaciones con los entrevistados no fueron totalmente unívocas y parecían implicar un intercambio y una reciprocidad genuinos y mutuos. Como investigadores, estábamos obviamente obteniendo valiosos conocimientos e información, y estableciendo relaciones provechosas con nuestros entrevistados, pero ellos también parecieron beneficiarse de la asociación. En primer lugar, con frecuencia parecían sentirse contentos, si no honrados, de haber sido seleccionados como participantes. En segundo lugar, aquéllos a quienes yo entrevisté parecían halagados de que un *profesor* fuera a su casa a preguntarles sus opiniones acerca de su papel como *padres de familia*. Finalmente, y tal vez lo más significativo, el proceso de la entrevista con frecuencia parecía tener un efecto catártico o terapéutico.

³⁹ Baca Zinn,
“Field Research...”

⁴⁰ *Ibid.*, p. 218.

Los entrevistados voluntariamente decían que su posición como hombres en la familia no sólo era una importante área de estudio, sino también una importante parte de sus vidas, y que les agradaba tener la oportunidad de reflexionar sobre sus deberes y responsabilidades como padres. La entrevista parecía proporcionarles la ocasión de pensar sobre las cosas y de expresar sentimientos y preocupaciones que no habían tenido la oportunidad de expresar en otra parte. En cierto sentido, la entrevista les daba una oportunidad para ventilarlas. La entrevista cubría muchos aspectos significativos de sus vidas, tales como experiencias infantiles, el matrimonio, las prácticas de crianza de los hijos, los conceptos de masculinidad, y sus deberes y responsabilidades como padres, acerca de los cuales tenían importantes sentimientos y opiniones. Incluso los hombres que sentían que podían ser mejores padres recibían con gusto la oportunidad de revelar sus relaciones con sus hijos y su lugar como padres y como hombres en la familia.

Los entrevistados dijeron que no tenían con frecuencia la oportunidad de expresar sus sentimientos. Algunos parecían muy conscientes e insatisfechos con las ideas predominantes acerca de los hombres latinos en los medios y en el público en general. Uno dijo: “ Hay una gran mentira acerca de nosotros que la gente ha aceptado” . En resumen, la situación de la entrevista proporcionó un foro para expresar puntos de vista acerca de cuestiones que eran una parte central de sus vidas. Los entrevistados estaban tan dispuestos a participar que las entrevistas se completaron con pocas excepciones. Una persona en San Francisco no se presentó a la entrevista

en un café en tres diferentes ocasiones, pero cuando fue posteriormente localizado por teléfono, se disculpó profusamente e indicó que, como trabajaba de mensajero, le era difícil saber con exactitud cuándo regresaría a casa de su trabajo. Dos hombres que lo habían recomendado para el estudio pensaban que este mensajero era muy buen padre. Otros dos o tres no pudieron encontrarse con nosotros porque habíamos programado las entrevistas en un día festivo muy ocupado. Prácticamente ninguno de aquellos a quienes nos acercamos, no obstante, rechazaron de plano nuestra solicitud.

El trabajo de campo: parcialidad, neutralidad y distanciamiento

Dentro de la ciencia social convencional, se esperaba que el prototipo de investigador fuese objetivo, indiferente y completamente distanciado de los "objetos" de estudio.⁴¹ Una de las desafortunadas implicaciones de este punto

⁴¹ Ver Alfredo Mirandé. *The Chicano Experience: An Alternative Perspective*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1985, para una crítica de este punto de vista.

de vista era que, como *insiders*, las personas de color de alguna manera tendrían dificultades para llevar a cabo una investigación imparcial en sus respectivas comunidades. Debido a su involucramiento emocional y falta de objetividad y distanciamiento, los chicanos tendrían dificultades para realizar estudios acerca de chicanos y las personas negras tendrían dificultades para realizar estudios sobre negros. Los chicanos y otros *insiders*, en otras palabras, eran vistos como inherentemente limitados en su habilidad de llevar a cabo investigación de ciencia social objetiva, neutral y científicamente válida. En retrospectiva, la popularidad de la idea convencio-

nal no es sorprendente, considerando que la investigación en las comunidades de minorías era realizada típicamente por *outsiders* o por *insider-outsiders* que habían sido de alguna manera entrenados por sus mentores para ser objetivos, distantes, e indiferentes a las comunidades que estudiaban.⁴²

⁴² Para una excelente crítica de la ciencia social convencional, ver Américo Paredes. "On Ethnographic Work Among Minority Groups: A Folklorist's Perspective", *New Scholar*, núm. 6, otoño y primavera, 1977, pp. 1-33.

Dos cosas me parece que fallan en este punto de vista. En primer lugar, si la norma hubiera sido aplicada universalmente, y no lo fue, habría llevado a la conclusión de que los miembros del grupo dominante eran también incapaces de estudiarse a sí mismos. En otras palabras, que sólo investigadores que no fueran blancos podían estudiar o comprender a la gente blanca.

En un artículo clásico, Howard Becker⁴³ hizo la profunda observación de que la cuestión de la "parcialidad" (*bias* en inglés. N. del T.) es generalmente traída a discusión cuando uno toma el lado de los pobres o de los oprimidos o el lado de miembros de comunidades subordinadas. Irónicamente, entonces, los estudios desde la perspectiva de los grupos dominantes —aquellos en posiciones de poder, autoridad o responsabilidad— pueden ser vistos como objetivos, equilibrados y libres de valoraciones. De acuerdo con Becker, hay una jerarquía de credibilidad tal que "en cualquier sistema de grupos con rangos, los participantes toman como un hecho que los miembros del grupo más alto tienen el derecho de definir cómo las cosas son realmente".⁴⁴ Se asume por lo general, por ejemplo, que las declaraciones de la policía son de algún modo más creíbles que las de los criminales;

⁴³ Howard Becker. "Whose Side Are We On?", *Social Problems*, núm. 14, invierno, 1967, pp. 239-247.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 241.

las del personal del hospital más creíbles que las de los pacientes psiquiátricos; las de los funcionarios de la ciudad más creíbles que las de los que viven en la calle; y las del grupo dominante más creíbles que las de las personas de color.⁴⁵

Lo que es crítico, según Becker, es que la cuestión de la parcialidad es generalmente mencionada cuando se asume la perspectiva subordinada, lo cual ocurre cuando tanto la jerarquía de credibilidad como el sentido común están siendo cuestionados.

En segundo lugar, las normas de la objetividad, la neutralidad valorativa y el distanciamiento moral me parecen increíblemente consistentes con la ética masculina anglo-americana que encontramos en el Jake de Gilligan: el hombre razonable en el derecho y en la forma en la que la masculinidad ha sido conceptualizada en las ciencias sociales. Yo propongo que el “hombre científico”, así como sus contrapartes el hombre económico y el hombre razonable, es a fin de cuentas una velada manifestación de la masculinidad anglo-americana, un intento de institucionalizar y legitimar una masculinidad específica y culturalmente limitada como una norma científica y universal.

Durante las últimas dos décadas, el modelo tradicional ha sido cuestionado por un número creciente de científicos sociales que argumentan que no es ni posible ni deseable hacer investigación

⁴⁵ Alfredo Mirandé. “Chicano Sociology: A New Paradigm for Social Science”, *Pacific Sociological Review*, núm. 21, julio, 1978, pp. 293-312.

que sea objetiva, distanciada, o libre de valores personales o políticos.⁴⁶

Si tener valo-

res es ser humano, la ética no valorativa ha postulado una falsa dicotomía entre objetividad y subjetividad. La cuestión es, entonces, no saber si tomaremos partido, ya que inevitablemente lo haremos, sino decidir qué partido tomaremos.⁴⁷ Aquéllos que alegan neutralidad, sin saberlo o sin pensarlo, toman el partido del grupo dominante.

⁴⁷ Becker,
op. cit., p. 239.

Cuando yo comencé este estudio no busqué ser objetivo o distante, ni pienso que me hubiera sido posible hacerlo. Y ciertamente no era indiferente. Como latino, como hombre, como padre, no sólo pienso que las cuestiones abordadas en este libro son importantes, sino también creo que mi preparación y experiencia académicas me proporcionan una perspectiva única acerca de los hombres latinos y la masculinidad latina, una perspectiva no reflejada ni en la investigación chicano/latina ni en los nuevos estudios acerca de los hombres. Comencé este proyecto precisamente porque estaba insatisfecho con la forma en que los hombres latinos habían sido descritos por los científicos sociales, y porque las limitadas y estereotipadas imágenes de los hombres y la masculinidad latinas que predominaban no eran compatibles con mi propia experiencia. No creo que sea posible ni deseable para mí ser objetivo, distante o indiferente acerca de estas cuestiones. Irónicamente, con mucha frecuencia la retórica de la objetividad y el distanciamiento científico se ha utilizado para velar retratos peyorativos y culturalmente miopes de la cultura latina y de los hombres latinos.

Ser un hombre y un padre latino me ofreció una cantidad de ventajas al llevar a cabo la investigación, pero también creó ciertos

problemas. El hecho de que soy un hombre latino, especialmente un hombre y padre latino maduro, me facilitó hablar con otros hombres y desarrollar una buena comunicación con ellos. Cuando hablé con prospectos de entrevistados acerca del estudio, les expliqué que uno de mis objetivos era presentar una visión de *insider* de la masculinidad y la paternidad latinas. También expliqué que aunque se ha escrito y dicho bastante acerca de los hombres latinos y su posición en la familia, mucho de lo que se ha escrito es negativo, estereotipado y sin bases en investigación. Mi meta al empezar el estudio era proporcionar una visión desde dentro de los hombres latinos que capturara la realidad y la complejidad de la experiencia masculina chicano/latina.

Me presenté como un *profesor* y un científico social, pero sobre todo como un hombre, un latino como ellos. No quería que me vieran como un académico distante, indiferente o neutral. Yo era alguien que se interesaba, un hombre que realmente quería aprender acerca de sus opiniones *como hombres* acerca de un número de cuestiones y preguntas. Quería saber lo que pensaban acerca de los “machos” y del “machismo”, si tenían impresiones positivas o negativas acerca de estos términos. Quería saber qué cualidades o rasgos respetaban o admiraban en los hombres, cómo se tomaban las decisiones en sus familias, y hasta qué grado participaban en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos. Les dije que sus opiniones importaban y que, al compartirlas conmigo, estarían contribuyendo al desarrollo de una comprensión más exacta, menos estereotipada y más completa de los hombres latinos.

Además de la objetividad y la neutralidad valorativa, la ciencia social convencional —o “cientifismo”, como ha sido llamada— se suscribía a la norma del universalismo, la idea de que para ser válidas, las generalizaciones científicas deben ser aplicables a muchos individuos a través del tiempo y el espacio. Se asumía que la ciencia era universal, no particularista. Uno de los más antiguos y más extremos adherentes a esta norma fue Robert Merton. De acuerdo con Merton, la norma del universalismo sostenía que “la aceptación o el rechazo de afirmaciones introducidas en la ciencia no deberá depender de los atributos personales o sociales de su protagonista; su raza, nacionalidad, religión, clase social y cualidades personales son como tales irrelevantes”.⁴⁸

⁴⁸ Merton,
op. cit., p. 553.

Yo propongo que el universalismo es no sólo una norma del grupo dominante, sino una norma de los hombres de raza blanca dominantes. Es una norma que está claramente en oposición con los valores culturales latinos y mexicanos, que se caracterizan por el particularismo y el personalismo. Mis entrevistados generalmente no podían aceptar la idea de que eran “sujetos” anónimos, sin cara y sin nombre, de un estudio científico. Cuando hacía el primer contacto con potenciales entrevistados, les decía o que me había dado su nombre un conocido mutuo (la persona de recurso) o que habían sido personalmente “recomendados” como posibles participantes en el estudio. En muchos casos simplemente mencionar el nombre de la persona de recurso era suficiente para conseguir una respuesta positiva y una expresión de disposición a participar en el estudio. Recuerdo en particular a Rudy Torres, un joven de vein-

titantos años de San Antonio, un, por así decirlo, católico “renacido” que me confió que había sido bastante loco e irresponsable en

⁴⁹ Siguiendo el acuerdo con el Comité de Sujetos Humanos y el protocolo, los nombres de los entrevistados han sido cambiados para proteger su anonimato y privacidad.

las primeras etapas de su matrimonio.⁴⁹ Rudy nos había sido referido por una mujer de su parroquia, Mary Sánchez, una mujer a la que él valoraba y respetaba mucho. Su respuesta fue que él vería favorablemente *cualquier* persona o proyecto que la señora Sánchez hubiera recomendado porque ella lo había ayudado cuando él y su familia habían tenido problemas.

La importancia de los contactos y las referencias personales puede ilustrarse relatando dos experiencias negativas. En el primer caso, se hizo contacto con el señor Art González y se le dijo que había sido recomendado por el señor Ray Ortiz. El señor González replicó que no conocía a nadie de ese nombre y le advirtió a quien le llamaba (a mí) que “pusiera en orden su información antes de andar llamando gente”. Después me enteré de que el señor González aparentemente sí conocía al señor Ortiz, pero no lo recordó cuando yo llamé. En otras palabras, eran simplemente conocidos, no amigos cercanos o íntimos.

El segundo caso tuvo que ver con una mujer que me había dado los nombres de varios mexicanos, obreros que trabajaban para su ex-esposo en una fábrica de muebles. Como sólo los conocía por sus nombres de pila y no tenía sus números de teléfono particulares, sugirió que llamara a la fábrica de su ex-esposo y pidiera hablar con ellos. Desafortunadamente, su “ex” contestó el teléfono. Cuando pedí hablar con ellos, respondió muy agresivamente y preguntó mis

razones para llamarles. Procedí a explicar el proyecto, e identifiqué a su “ex” como la persona que había sugerido que me comunicara con los obreros. Se puso bastante furioso, tal vez celoso de cualquier relación que yo pudiera haber tenido con su “ex”. Se rehusó a dejarme hablar con los empleados, aunque le aseguré que apenas había conocido a su esposa, que ella no estaba involucrada en el proyecto de ninguna forma, y que ella simplemente me había dado una lista de posibles entrevistados entre los que había incluido a sus trabajadores. El ex-esposo me dijo que en parte él quería ayudarme. Podía ver que el proyecto era importante, que no tenía nada que ver con él personalmente, y que como yo era un chico como él, estaba en su interés ayudarme. Pero por otro lado, el proyecto sí tenía algo que ver con él (y presumiblemente con ella). En retrospectiva, está claro que simplemente mencionar el nombre de ella fue el “beso de la muerte” y que él hubiera sido mucho más receptivo si alguien que no fuera su ex-esposa hubiera sido la persona de contacto. Estos incidentes son excepciones que confirman la regla de que, en una cultura que hace énfasis en las relaciones personales, una referencia débil o negativa es peor que ninguna en absoluto. En ambos casos me hubiera resultado mejor hacer el contacto sin ninguna referencia.

Ya que yo era un *fellow* postdoctoral en Stanford cuando se inició el proyecto, igual que otros investigadores afiliados a la universidad, se requería que yo presentara el cuestionario de entrevista al Comité de Sujetos Humanos del campus. Era necesario que preparase una precaución reglamentaria acerca de cómo obtener la

cooperación de los entrevistados. La precaución indicaba explícitamente que se les garantizaría su anonimato y que no serían identificados en los resultados de este estudio. Éste es un procedimiento reglamentario en la investigación de ciencias sociales, pero creo que va a contracorriente de los valores mexicanos y latinos predominantes. Aunque pocos de los entrevistados hubieran querido que fuesen revelados por escrito aspectos íntimos o personales de sus vidas, tampoco deseaban ser anónimos. La mayoría eran padres orgullosos y creían fuertemente en los puntos de vista que habían compartido en las entrevistas.

En la cultura latina se le da un gran valor a ser “una persona que cumple con su palabra”. Se espera, entonces, que la persona “sostenga” o “defienda” lo que dice o cree. La respuesta a mi “promesa de anonimato” fue con frecuencia de indiferencia o de asegurarme que no buscaban, esperaban o deseaban el anonimato como una condición para participar. Uno dijo, por ejemplo: “¡Hombre, usa mi nombre, está bien!” El punto es simplemente que, excepto cuando se discuten problemas íntimos personales o familiares, la ética del latino es estar orgulloso y mantener aquello en lo que cree. Debe notarse que muchas de las preguntas trataban de actitudes y opiniones generales que la mayoría de los entrevistados no sólo estaban dispuestos, sino entusiastas, a revelar y a discutir públicamente. Otra manera de ver esto es que, desde una perspectiva latina, es incomprendible que uno se tome el tiempo de completar una entrevista de dos horas expresando sus actitudes y opiniones y luego opte por permanecer anónimo.

Un ingrediente esencial de la cultura latina es el orgullo personal y colectivo, no tanto de uno mismo o de los logros individuales, sino de los logros de la familia y de los amigos. Muchos estaban claramente orgullosos de haber sido “seleccionados” para participar en el proyecto, orgullosos de que un latino como ellos estuviera escribiendo un libro acerca de ellos, y orgullosos de tener la oportunidad de expresar sus opiniones acerca de la masculinidad y la paternidad. Los entrevistados, de hecho, mostraron un profundo interés o curiosidad acerca del libro, y muchos de ellos querían saber cómo podrían conseguir un ejemplar. Algunos dijeron que querían un ejemplar incluso si su nombre no iba a ser mencionado en él. Uno me dijo al principio de la entrevista: “Escucha, Mirandé, una cosa que te quería decir es que una condición para hacer esto es que yo reciba un ejemplar del libro cuando salga, y estoy dispuesto a pagarla. ¿Está entendido?” Otro dijo: “Aunque no vayas a utilizar ningún nombre, me interesa mucho ver cómo vas a interpretar toda esta información que estás obteniendo”.

Aunque algunas entrevistas se realizaron en lugares públicos como restaurantes y bares, la mayoría fueron en los hogares de los entrevistados. La esposa estaba frecuentemente presente cuando yo llegaba, pero usualmente se disculpaba y seguía en sus ocupaciones mientras yo estaba sentado en la sala o en el comedor y entrevistaba al esposo. Algunas mujeres, sin embargo, tenían mucha curiosidad por el estudio, y preguntaban por qué no las estaba entrevistando a ellas, casi como si hubieran sido ignoradas. Como yo me sentía mal por esto, me disculpaba y explicaba que, aunque

sería ideal entrevistar tanto al esposo como a la esposa, mis recursos eran muy limitados y como resultado de ello no podía entrevisitar a las mujeres en ese momento.

Un caso sobresale como un ejemplo en el cual las mujeres expresaron muy claramente su desagrado por no ser incluidas en el estudio. Yo entrevistaba a un hombre en la casa de su *compadre*. El *compadre*, que ya había sido entrevistado y ahora funcionaba como persona de recurso, estaba cocinando fajitas en el patio y sirviendo a miembros de las dos familias afuera. Mientras estábamos sentados en la sala haciendo la entrevista, el *compadre* entraba y salía de la casa mientras preparaba la comida, y cada vez cerraba la puerta deslizante tras de sí, restringiendo el acceso a la casa. Después de la entrevista yo seguí de visita con las dos parejas y sus hijos afuera. Las mujeres empezaron a bromear con el *compadre*, reprendiéndolo por no dejar entrar a nadie a la casa. Las mujeres también querían saber más acerca de lo que yo estaba haciendo, lo que había descubierto hasta entonces y cómo habían “calificado” sus esposos. Pre-guntaron si era posible obtener una visión completa sin entrevistar también a las mujeres. En cierto sentido se estaban quejando por

no haber sido entrevistadas.⁵⁰ Les parecía “injusto” que “él” supuso “escuchar” y ellas no. El *compadre* dijo, y yo le creí, que no estaba escuchando y que sólo estaba siendo

respetuoso y tratando de controlar el ruido mientras transcurría la entrevista. Curiosamente, el *compadre* preparó y sirvió toda la comida, mientras las mujeres se quejaban de su machismo.

⁵⁰ Creo que las mujeres tenían razón. En retrospectiva, quisiera que mis recursos hubieran sido suficientes para entrevistar a ambos cónyuges y comparar sus respuestas.

Otro incidente ilustra cómo la norma del “universalismo” en las ciencias sociales es frecuentemente utilizada para perpetuar valores sociales dominantes. El siguiente protocolo, hecho como una introducción para la entrevista, fue presentado al Comité de Sujetos Humanos de la universidad para su aprobación: _____

Estamos realizando un estudio de los hombres y sus actitudes hacia varias cuestiones. Usted nos puede ayudar mucho simplemente contestando algunas preguntas. No hay respuestas correctas o incorrectas. Nos interesa lo que usted piensa acerca de estas cosas. Por favor denos su opinión honesta acerca de cada pregunta. No preguntaremos su nombre ni trataremos de identificarlo de ninguna manera. *Sus respuestas serán estrictamente confidenciales y no se le entregarán a nadie. Usted es libre de no contestar cualquier pregunta si no lo desea.*

La respuesta del comité fue reveladora. Ellos pensaron que tanto el protocolo como el cuestionario de entrevista eran aceptables, pero les preocupaba que no indicaba en ninguna parte que yo estaba haciendo un estudio de hombres latinos. Pensaban que el protocolo debería decir que yo estaba estudiando hombres latinos solamente. Les respondí por escrito preguntándoles si el Comité de Sujetos Humanos le habría requerido a alguien que estuviera estudiando hombres anglos que también indicase eso en su protocolo. Nunca volví a saber de dicho Comité.

El Inventario Bem de Roles Sexuales (BSRI) fue normalizado y validado en una población predominantemente anglo de estudiantes universitarios, irónicamente también realizada en Stanford y en una universidad comunitaria cercana. Sin embargo, la cuestión racial no es típicamente mencionada cuando se evalúa la validez del instrumento de Bem o de otros instrumentos diseñados por investigadores de raza blanca y validados en sujetos de raza blanca. Esta experiencia ilustró no sólo la norma del universalismo sino la jerarquía de la credibilidad. Los hombres chicano/latinos *son* hombres, ni más ni menos que los hombres anglos. Parece haber una predominante, aunque no declarada, suposición en las ciencias sociales de que los hallazgos y las generalizaciones obtenidas de muestras de blancos —que reflejan teorías, perspectivas e ideologías dominantes—, son generalizables a la población como un todo, en tanto que los estudios de latinos, afroamericanos, asiáticos o indios americanos son estudios de subpoblaciones o grupos especializados. ¿Por qué un estudio de hombres latinos, afroamericanos, asiáticos o indios americanos es en cierto modo visto como menos universal que un estudio de hombres anglos? ¿Es que los hombres anglos son étnicamente o racialmente neutrales? ¿Es que son simplemente hombres genéricos? ¿Habría requerido el Comité de Sujetos Humanos que Bem llamase a su instrumento el Inventario Bem de Roles Sexuales Anglo, o que el reciente libro de Michael Kimmel, *Manhood in America*, hubiese sido titulado *Anglo Manhood in America*? De alguna manera, no lo creo.